

gio una muger llamada Maria Estrada la cual armada de una lanza se arrojó sobre el enemigo con tal denuedo y ardor, que habrian sido considerados como extraordinarios aun en un hombre. Fué inmensa la pérdida de los mejicanos, dicen varios autores, que asciende á veinte mil hombres y Solís cree que este número será exacto, porque, segun afirma, pasaba el ejército vencido de 200,000 combatientes. Hay sin duda algo de exajeracion en estos cálculos, pero jamás los españoles habian luchado contra tan numerosas tropas y jamás habia sido tan grande y terrible la mortandad. Cortés por su parte perdió muchos aliados y muchos de sus compañeros, los que sobrevivian estaban llenos de heridas; él mismo habia recibido un golpe de piedra en la cabeza que le hizo caer de caballo.

Despues de esta grande y esclarecida victoria, entraron los españoles sin obstáculo en Tlascala el dia siguiente, 8 de julio. Eran en número de 440, heridos los mas, cansados, desesperados y no teniendo ya confianza en el porvenir. Era por cierto su situacion bien diferente de la en que se encontraban, cuando salieron de esta ciudad un mes antes. Entonces el buen éxito parecia infalible; ahora era menester abandonar sus mas caras esperanzas y volverse á Cuba.

CAPITULO XIX.

Acontecimientos que tuvieron lugar durante la permanencia de Cortés en Tlascala.

No tardaron á disiparse los temores de los españoles por la confianza y cordialidad de los habitantes de Tlascala. Fué su entrada una pompa triunfal en medio de las aclamaciones de todo un pueblo, cuya fidelidad parecia aumentarse en razon de las desgracias de sus aliados. Disputáronse los principales caciques el honor de recibir á Cortés en su casa y admitió el hospedaje de uno de ellos, probando así que se entregaba á su lealtad. Tuvieron los españoles víveres en abundancia y encontraron todos los socorros necesarios para curar sus heridas ó descansar de

sus fatigas. Pero mientras que con delicia disfrutaban de esta agradable situacion, vino á turbar su seguridad una nueva catástrofe; la herida que en la cabeza habia recibido el general, se le agravó, los trabajos físicos y las aflicciones de ánimo que incesantemente le aquejaban, le causaron una violenta inflamacion cerebral que hizo temer por su vida. Llegó á su colmo la consternacion de los indios; los nobles llenos de tristeza y desconsuelo, iban á cada instante á informarse de la salud del Teule, nombre que, como ya dijimos, daban á los que consideraban como héroes ó semidioses. Todo el dia estaba la puerta llena de pueblo que iba á deplorar tambien aquella desgracia, de modo que fué necesario hacerlo retirar, por temor de que no llegaran á perjudicar á la imaginacion del enfermo aquellos gritos y lamentos. Convocó el senado los médicos mas insignes, mas hábiles de la provincia, «cuya ciencia, dice Solís, consistia en el conocimiento y eleccion de las yerbas medicinales, que aplicaban con admirable observacion de sus virtudes y facultades, variando el medicamento segun el estado y accidentes de la enfermedad. Debió Cortés á ellas su restablecimiento, porque sirviéndose primeramente de unas yerbas saludables y benignas para calmar la inflamacion y mitigar los dolores de la calentura, pasaron por grados á las que hacian cicatrizar las heridas, todo lo cual practicaron con tanto acierto y felicidad, que quedó restituido en breve tiempo

á su perfecta salud». Apenas se halló en estado de volver á encargarse del mando, notó los síntomas de descontento que reinaban entre sus compañeros. Se quejaban altamente de sus infortunios y de la pérdida de sus esperanzas. Los soldados de Narvaez particularmente trataban de abandonar un servicio peligroso é infructuoso y querian volverse á Cuba. Desmayado Andrés de Duero á causa de las horrorosas escenas de que habia sido testigo y temiendo que se repitieran, instaba con mucho empeño á Cortés para que abandonara sus proyectos de conquista. Formóse en fin un partido numeroso, cuyos principales miembros pensando que nada se podria adelantar con fuerzas tan poco considerables, presentaron una demanda al general para obtener permiso de marcharse de un pais, en donde ningun buen éxito podia esperarse, ninguna fortuna hacerse.

Escuchó Cortés estas representaciones con un vivo pesar, bien que procuró disimularlo. Convencido interiormente de la justicia de las quejas de sus soldados, no podia en verdad despreciarlas ni censurarlas. Afectábanle en gran manera las muchas pérdidas que habia experimentado, su deplorable situacion y los males sin cuento que podian aun sobrevenirle, pero dotado de un alma grande, de un corazon magnánimo resolvió hacer frente á las adversidades de la fortuna y persistió en su idea de conquistar á Méjico. Sus recientes desastres habian en verdad

amortiguado sus esperanzas, mas no las habian destruido del todo. Usó pues otra vez de su influencia sobre las masas, procuró calmar el espíritu de discordia y para impedir que la ociosidad produjese funestos efectos, volvió á ponerse en campaña con tanto mas gusto, en cuanto estaba obligado á ello por las circunstancias.

Habian jurado los pueblos de Tepeaca fidelidad á Cortés, pero luego que conocieron por sus primeras derrotas que era un hombre como ellos, se sublevaron y atacaron un destacamento que iba de Zempoala á Méjico; una partida menos numerosa que se dirigia á la Vera-Cruz, fué sorprendida y pasada á degüello.

Sintieron vivamente los españoles estas pérdidas, por acontecer cabalmente en unos momentos en que eran en tan corto número. Indignado Cortés de la perfidia y traicion de este pueblo, juró en su interior castigarlo é hizo sus preparativos, los soldados de Narvaez consintieron con mucho gusto en formar parte de la expedicion, porque las víctimas eran compañeros suyos que habian servido bajo las órdenes de un mismo capitan. Partió con ellos y en pocas semanas, despues de diferentes combates y de una terrible mortandad de tepeaqueses, los avasalló completamente. Tepeaca, provincia importante, aseguraba el camino de la Vera-Cruz, su situacion era magnífica, bastaban algunos trabajos del arte para aprovecharse de sus medios de defensa naturales, reduciéndola á

plaza fuerte. Conociendo Cortés las ventajas de este puesto, determinó mantenerlo; para ello hizo cerrar las avenidas con algunas trincheras de fajinas y tierra, con lo cual se formaron las murallas de la ciudad, derribáronse las rocas en ciertos parajes en donde se adelantaban, y en lo mas eminente de la montaña se levantó una fortificacion de materia mas sólida en forma de castillo, la cual bastaba para que la guarnicion estuviese al abrigo de los ataques de los indios. Púsose manos á la obra con tanto calor y acudieron á ella los naturales y circunvecinos con tanta solicitud y en tanto número, que fué llevada á cabo dentro de breves dias. Dejó el general algunos españoles para defender esta plaza, la cual se llamó *Segura de la Frontera* y fué la segunda poblacion española del imperio mejicano.

Reanimó este buen éxito el valor de los soldados; ya no hablaban mas de querer abandonar la Nueva España. Admirado Cortés de este resultado, juzgó que si los ocupaba en nuevas expediciones, podria poner en suspenso su ardor, su bizarría, siéndole mas fácil y seguro conducirlos á Méjico; en consecuencia empleó muchos meses en recorrer las provincias vecinas, esperando que se aumentasen sus tropas con los refuerzos que le llegarían de la Española y de la Jamaica, á cuyos puntos habia enviado un oficial de confianza con cuatro bajeles de Narvaez, á fin de reclutar nueva jente y comprar

caballos, pólvora y otras municiones de guerra. Por fin considerando bien Cortés que serian inútiles cuantos esfuerzos hiciese para avasallar y dominar á Méjico, mientras no fuese dueño del lago, mandó preparar madera en las montañas para construir doce bergantines, los cuales pudiesen ser trasladados á la ribera mas cercana del lago y pudiesen reunirse cuando hubiese necesidad de ello.

Felizmente vino á secundar la fortuna el pensamiento y la fuerza de voluntad de ese magnánimo general. El gobernador de Cuba que se habia creido que la expedicion de Narvaez habia surtido un efecto favorable, envióle dos bajeles con refuerzos de hombres y de municiones: el comandante de la Vera-Cruz logró hacer entrar estos bajeles en la enseada, se apoderó de ellos y persuadió fácilmente á los que los tripulaban á que se alistasen bajo las banderas de un gefe mucho mas hábil y experimentado que Narvaez. Poco tiempo despues entraron separadamente en la misma enseada tres navios, los cuales formaban parte de una escuadra armada por Francisco de Garay, gobernador de la Jamáica, quien largo tiempo hacia, habia concebido el proyecto de partir con Cortés la gloria de la conquista de la Nueva España y las riquezas que de ello debian esperarse. Las tropas que habia enviado, habian penetrado en una provincia pobre y cuyo pueblo era feroz y guerrero. Despues de una larga série de crueles y lamentables des-

gracias, les habia obligado el hambre á refugiarse en la Vera-Cruz y abandonarse á la merced, á la compasion de sus compatriotas. Su fidelidad no duró mucho tiempo á pesar de las esperanzas lisonjeras y de las grandes promesas que se les habian hecho y que habian seducido á tantos otros antes que ellos, y como si hubiese sido entonces contagioso el espíritu de rebelion en la Nueva España, se entregaron al partido de Cortés. No era América solamente la única parte del mundo que le habia proporcionado recursos inauditos, pues llegó tambien á la Vera-Cruz un navio fletado por comerciantes de Sevilla, iba cargado de municiones de guerra que enviaban para vender, confiando hacer grandes ganancias en un pais, cuya riqueza empezaba á ser conocida en toda Europa. Aceptó Cortés con mucha alegria este cargamento que era para él de gran valor, y la tripulacion, siguiendo el ejemplo de los demas, se alistó bajo sus banderas.

A pesar de todas estas provisiones, la cantidad de pólvora no era suficiente para durar todo el tiempo de la campaña. Cortés, gracias á su prevision, logró socorrer esta nueva necesidad; cuando la primera permanencia en Tlascala, habia reconocido Ordaz en las montañas el cráter de un volcan que contenia azúfre, de muy buena calidad; el comandante de artilleria que se envió á este punto, se proveyó mucho de él para fabricar la pólvora necesaria para la guerra que iba á empezarse.

Con los refrescos que se acababan de recibir, se habia aumentado el ejército en 180 infantes y veinte caballos. Pudo entonces Cortés desembarazarse de los compañeros de Narvaez, que permanecian en el servicio contra su gusto y voluntad, pues mandó publicar que aquellos que quisiesen marcharse del pais, tenian libertad para ello y que se les proporcionarían los bajeles necesarios. Tomaron este partido muchos soldados de Narvaez, mas los que se quedaron eran hombres águerridos, resueltos á seguir á Cortés en todos los peligros, en todas las expediciones. Sintió mucho el general el que se retirara uno de sus mas fieles amigos, Andrés de Duero. « Aunque no se hayan publicado, dice Solís, los motivos de su separacion, se puede creer que hubo poca sinceridad en los pretextos de que se valió para honestar su retirada, porque le hallamos poco despues en la corte del emperador abogando en favor de Diego Velazquez. Si hubo alguna queja entre Cortés y Duero, que diese lugar al rompimiento, estaria la razon de parte del general, porque no es probable que la tuviese quien hizo tan poco por ella y por si, hallando salida para dejar á su amigo solo en una empresa, en la que se hallaban igualmente repartidos el peligro y la gloria, y para tomar contra él una comision, en que se hallaba indignamente obligado á informar contra lo que sentia, haciéndose esclavo de la pasion y de la injusticia de Narvaez. »

No habiendo recibido Cortés ninguna noticia de los oficiales que en el año anterior habia enviado á España y recelando que hubiesen perecido en alta mar, confió una mision semejante á Diego de Ordaz y á Alonso de Mendoza, entregándoles una completa relacion de todas sus expediciones, de todos sus trabajos hasta el 29 de octubre de 1520 (28).

Como en los primeros despachos describió con toda brillantez la hermosura y las riquezas del pais, el heróico valor de sus compañeros y habló de sí mismo con suma modestia. Se esforzó principalmente en mostrar la imperiosa necesidad que habia de enviar eclesiásticos y religiosos de acrisolada virtud y ferviente zelo á fin de ayudar al padre Olmedo en la santa mision de convertir los indios al cristianismo, anunciando al propio tiempo que algunos de los mas distinguidos habian recibido el sacramento del bautismo y que se habian sembrado en el espíritu de los otros algunas luces, las cuales daban margen á esperar que se recojerian ópimos y cuantiosos frutos. Como en la otra ocasion escribieron tambien al rey los dos ayuntamientos de la Vera-Cruz y Segura de la Frontera, manifestando cuán necesario era mantener á Cortés en aquel gobierno, por cuanto ninguno habria que pudiese dirigir como él aquella grande obra empezada, ni llevarla á cabo con perfeccion, y pidiendo en consecuencia se le revistiera de los mas amplios y absolutos poderes.

Envió tambien con los mismos despachos dos oficiales (29) de confianza á los religiosos del órden de San Gerónimo, que eran presidentes de la real audiencia de Santo Domingo, cuya jurisdiccion única y suprema se estendia sobre las otras islas y sobre la tierra firme; participábales todas las noticias que habia dado al emperador, les pedia algunos socorros para poder proseguir su expedicion y les suplicaba en fin que le pusiesen á cubierto de las vejaciones, de las maquiavélicas intrigas de Velazquez y de Garay. La isla de Santo Domingo no se hallaba en aquella ocasion en estado de poder partir con Cortés los pocos recursos y auxilios que la quedaban, sin embargo prometiéronle los religiosos que interpondrian su autoridad, su valimiento cerca del emperador y procurarian por cuantos medios les fuese dable reprimir las tentativas de sus dos émulos.

Cuando hubo terminado Cortés todo lo relativo á estas dos comisiones, empleó la mas grande actividad en apresurar y llevar á cabo sus preparativos, lo cual se consiguió en breves dias. Estaban dispuestas las maderas para los bergantines, habian llegado de la Vera-Cruz todos los útiles necesarios, nada se oponia pues á la marcha. Revistó Cortés sus tropas; consistian en 550 infantes, de los cuales 80 iban armados de mosquetes, y en 40 caballos: el parque de artilleria se componia de 9 piezas que se habian sacado de los bajeles. Hizose esta revista en

presencia de una admirable multitud de indios, que habian acudido para disfrutar de este espectáculo, al cual se dió toda la pompa y solemnidad posibles. Quiso el general tlascalteca imitar á Cortés, revistando tambien sus numerosos batallones, lo cual jamás se habia hecho en Anahuac. « Pasaron delante los timbales y bocinas con los demas instrumentos de su milicia; despues los capitanes en hileras vistosamente ataviados con grandes penachos de varios colores y algunas joyas pendientes de las orejas y los labios; las macanas ó montantes con la guarnicion sobre el brazo izquierdo y con las puntas en alto: llevaban todos sus pages de genita con los escudos ó rodelas, en que iban reducidos á varias figuras los desprecios de sus enemigos, ó las jactancias de su valor. Cumplieron á su modo con la reverencia de los dos generales y pasaron despues las compañías en tropas diferentes, que se distinguian por el color de las plumas y por las insignias tambien de varias figuras de animales, que sobresaliendo á las picas, hacian oficio de banderas. Todo el ejército, añade Solís, de quien hemos copiado testualmente esa descripcion, constaba de hasta 10,000 hombres de los mas escojidos, debian acompañar á los españoles y hacer la guerra con ellos».

El 28 de diciembre de 1520, dia destinado para partir, celebró el padre Olmedo el santo sacrificio de la misa á la cual asistieron todos los españoles y se hizo una plegaria particular para

el buen éxito de la jornada. Al salir de la capilla, mandó el general á los indios formar sus batallones en la campaña y luego que fueron puestos en orden, salió de la poblacion al frente de los españoles. Se tomó el camino de Tezcuco, ciudad destinada para ser el centro de operaciones; á causa de su situacion en las orillas del lago, ofrecia la mayor conveniencia para botar al agua los bergantines; por estar poco distante de Méjico permitia hacer numerosas escursiones, acosar al enemigo, y en caso de derrota; era un plaza fuerte en donde podia retirarse sin temor de ser atacada ni rendida.



CAPITULO XX.

Ocupacion de Tezcuco.

Durante este tiempo se preparaba el enemigo á la defensa. Quetlavaca, como ya hemos dicho, habia sucedido á su hermano Motezuma. Su ódio conocido é inveterado contra los españoles habria sido un título suficiente para que lo elevaran á esta dignidad los mejicanos, si no hubiese sido por otra parte acreedor á ello por su bizarría y sus grandes y nobles cualidades. Inmediatamente despues de su eleccion mostró sus talentos dirijiendo en persona los vigorosos ataques que habian obligado á Cortés á abandonar la capital, adoptando en seguida todos los me-